



Errores de razonamiento fundamentales en la psicología de la impersonalidad

Fundamental Errors Of reasoning In The Psychology Of Impersonality

James T. Lamiell

Georgetown University

Naomi Lee

University of Wisconsin - Madison

Traducción: *Ma Consuelo Roldán*

Resumen

Lo que aquí planteamos es si la investigación de las diferencias individuales sirve a los intereses de la teoría de la personalidad. Durante mucho tiempo, el pensamiento convencional viene manteniendo que sí lo hace. En este artículo, defenderemos el punto de vista contrario, es decir, demostraremos que el problema fundamental e irreparable es que el conocimiento estadístico producido a través de estudios de variables marcando diferencias individuales es un conocimiento de conjuntos de organismos -no de organismos individuales-. Nuestro análisis epistemológico tiene consecuencias en tres temas que históricamente han sido básicos para los “nomotéticos” clásicos: (a) la búsqueda de las tendencias humanas básicas, (b) la clásica polémica en torno a la (in)consistencia de la personalidad, (c) la predicción comportamental en conexión con el establecimiento de “leyes” nomotéticas del funcionamiento de la personalidad.

Palabras clave: Diferencias individuales; Teoría de la personalidad; Nomoteticismo

Abstract

In this article we raise the issue of whether research on individual differences contributes to personality theory. Conventional wisdom has long held that it does. In this article we defend the opposing view. We demonstrate that the fundamental and irreparable problem is that statistical knowledge produced through studies of individual differences variables produces knowledge about groups of organisms, not individual organisms. Our epistemological analysis has implications for three historically basic themes in classical nomotheticism: (a) the search for basic human tendencies, (b) the debate concerning the (in)consistency of personality, and (c) behavioral predication and the establishment of nomothetic 'laws' of personality functioning.

Keywords: *Individual differences; Personality theory; Nomotheticism*

En 1938 Henry Murray (1893-1988) escribió, “los objetos de estudio [en la psicología de la personalidad] son organismos individuales, no son conjuntos de organismos” (Murray, 1938, p.127, en inglés en el original). Y, según eso, cualquiera de nosotros se vería en apuros a la hora de identificar a algún teórico de la personalidad - contemporáneo o del pasado - que haya rechazado esta tesis como principio. ¿Dónde, salvo al nivel del organismo individual, se esperaría que la personalidad apareciera -independientemente de como se conceptualice-, como objeto de estudio de la teoría psicológica? No obstante, desde un punto de vista metodológico, los investigadores predominantes de la personalidad se han comprometido, desde principios del siglo XX y ahora en el siglo XXI, a estudiar las diferencias individuales en forma de variables de rasgo. Actualmente, dicho compromiso ha llevado al consenso de que las llamadas ‘Big Five’, esto es, las dimensiones de diferencias de la personalidad, pueden ser consideradas como la repuesta de la psicología científica de la personalidad a la tabla periódica de los elementos químicos (Lamiell, 2000; cf. Angleitner, 1991; Digman, 1989, 1990; Goldberg, 1993; McCrae and Costa, 1986, 1987, 1995).

El problema fundamental e irreparable es que, con este enfoque, el conocimiento estadístico producido a través de estudios de variables marcando diferencias individuales, es un conocimiento de conjuntos de organismos y no de organismos individuales. Por consiguiente, dicho conocimiento es intrínseca e irreparablemente inapropiado como justificación de una reivindicación científica sobre el conocimiento de los individuos. Desafortunadamente, entre la inmensa mayoría de investigadores predominantes de la psicología de la personalidad ha reinado, a lo largo del tiempo, la creencia de que los indicadores estadísticos de co-variaciones entre variables que marcan diferencias individuales, sí justifican reivindicación científica de conocimiento de individuales. Por consiguiente, la psicología científica de la personalidad se ha quedado hasta el presente como un campo de investigación dominado por conceptos estadísticos y métodos de diferencias individuales.

El primer autor de este artículo lleva criticando esa creencia popular durante más de 25 años. Una parte de este esfuerzo se recoge en un libro titulado *The Psychology of Personality: An Epistemological Inquiry*, publicado en 1987 (Lamiell, 1987). Diez años después, se publicó una traducción al español a cargo de Ma Consuelo Roldán. En respuesta a una solicitud del editor de esta revista sobre una concisa afirmación a propósito de la crítica del pensamiento predominante contenido en Lamiell (1987) para una publicación en español en formato digital, nosotros ofrecemos en lo que sigue una versión del capítulo cuatro de la traducción española de 1997 de ese trabajo.

Introducción

La existencia de diferencias individuales y el desarrollo de técnicas de análisis cuantitativo para el estudio de las mismas a lo largo del tiempo y a través de diversos ámbitos comportamentales es un hecho incuestionable. Sólo por estas razones, podemos afirmar que los autores que están comprometidos con el estudio y medida de las diferencias individuales siempre tendrán (a) algo que hacer, y (b) medios para hacerlo. Pero, lo que aquí se cuestiona no es la existencia de las diferencias individuales (éstas existen), o si dichas diferencias pueden estudiarse empíricamente (pueden serlo). Lo que aquí planteamos es si la investigación de las diferencias individuales sirve a los intereses de la teoría de la personalidad. Durante mucho tiempo, el pensamiento convencional viene manteniendo que sí lo hace. Nosotros defenderemos el punto de vista de que no lo hace.

Cualquier teoría de la personalidad constituye una concepción acerca del funcionamiento psicológico/conductual del individuo, tesis ésta que nunca se ha analizado seriamente. Y sin duda, nos es muy difícil pensar que el objeto de estudio de una teoría de la personalidad pudiera ser distinto al mencionado. Sin embargo, a pesar de que esta afirmación parece evidente, la noción de que “el estudio de la personalidad es esencialmente el estudio de las diferencias individuales” se ha convertido en un supuesto incuestionable. Este supuesto cabe atribuirlo no a que los investigadores de la personalidad

rechacen al individuo, sino a la defensa que dichos investigadores hacen de la metodología diferencial, por su rigor metodológico y su adecuación al objetivo más amplio de buscar principios generales del funcionamiento psicológico del individuo. Guiados por ese principio, los investigadores de la personalidad adoptaron las técnicas de medición y de análisis estadístico de datos propias de la psicología diferencial; y esta concepción ha salido ileso de la crisis de confianza habida en la disciplina¹

Para comprender la razón por la que la investigación de las diferencias individuales no puede hacer progresar la teoría de la personalidad, es necesario que abordemos los problemas epistemológicos que supone adoptar esa posición. Dichos problemas están relacionados con tres temas que resultan centrales en el nomoteticismo convencional: (a) la identificación de las tendencias humanas básicas que constituyen los "elementos" de la personalidad; (b) la (in)consistencia temporal y transituacional de la personalidad; y (c) la predicción comportamental y establecimiento de leyes empíricas de la personalidad.

La Falacia del Psicólogo.

Es evidente que la investigación de las diferencias individuales no puede hacer progresar la teoría de la personalidad: sus hallazgos empíricos no son interpretables a nivel del individuo y, por tanto, no cumple con el objetivo de establecer leyes generales o principios nomotéticos sobre el funcionamiento psicológico/comportamental del individuo. Es decir, no puede establecer leyes que se cumplan en cada uno de los múltiples individuos.

De hecho, y por lo que respecta a los intereses de la teoría de la personalidad, lo único que legítimamente podemos afirmar es que la investigación de las diferencias individuales no proporciona conocimiento "idiográfico" ni, tampoco, "nomotético". Ni el rigor metodológico que caracteriza a dicha investigación puede suplir estas deficiencias. Y si el rigor metodológico es importante, el hecho es que, no es suficiente.

A continuación, analizamos los errores de razonamiento mediante los cuales los hallazgos empíricos hacen que parezcan interpretables a nivel del individuo. Dichos errores se resumen en un mismo tipo error que William James denominó la falacia del psicólogo. Esta falacia consiste en asumir que las propiedades empíricas de los datos reflejan las propiedades psicológicas de las personas, las cuales originaron los datos. Un ejemplo ilustrará esta idea.

Mediante una encuesta sobre la "intención de voto" de los ciudadanos se llega al siguiente resultado: el candidato "A" recibe el 51% de los votos, y el "B" recibe el 49% de los votos. Este resultado sugeriría que la muestra total de votantes, considerada globalmente, expresa una "ligera preferencia" por el candidato "A" y, si la encuesta ha sido realizada correctamente, estos datos nos permitirían predecir con exactitud el resultado de la elección. Sin embargo, estos datos no sugerirían que cada uno de los votantes muestra una "ligera preferencia" por el candidato "A" sobre el "B". De los datos no se sigue necesariamente esta conclusión, pudiendo ser o no ser cierta, siendo tan solo una de las muchas posibilidades.

De igual modo, un resultado del 99%-1% sugeriría que la muestra de votantes, considerada globalmente, muestra una gran preferencia por el candidato "A"; pero, no sugeriría que cada uno de los votantes muestra una "gran preferencia" por uno de los candidatos. Esta conclusión podría ser cierta, pero, de igual modo (entre otras posibilidades), también podría ser cierto que cada uno de los votantes integrantes del 99% que votó a "A" mostrara una ligera preferencia por dicho candidato, y que cada uno de los votantes integrantes del 1% que votó a "B" mostrara una ligera preferencia por este candidato. En este último caso, podríamos afirmar con total propiedad que ninguna persona de la muestra de votantes tiene una "gran" preferencia.

El hecho es que cualesquiera que sean las tendencias que muestran los resultados de una encuesta electoral, éstos se refieren a tendencias que muestran los datos, es decir, a tendencias que muestra la pauta total de votos, pero no a las posibles tendencias psicológicas que "tengan" las personas.

¹ Al respecto, ver Lamiell, 1997, capítulo 3.

Respecto a esta cuestión, los datos por sí mismos no dicen nada.

Ahora bien, si nuestro objetivo es predecir los resultados de la elección presidencial, la diferenciación que hemos establecido resulta irrelevante. Si, por el contrario, estamos interesados en obtener conocimiento acerca de las personas que votan, entonces la diferenciación sí que resulta crucial, y si no la hacemos (o peor, si la ignoramos), entonces la falacia a la que James se refiere está interviniendo en el proceso. Desafortunadamente, esto es lo que ha sucedido dentro de la personalidad dominante. Inexplicablemente, las teorías de la personalidad dicen ser teorías acerca de las personas y, si esto es así, la investigación empírica realizada en nombre de dichas teorías debería proporcionarnos conocimiento acerca de las personas. Pero, esto no es así, y en este punto es dónde los investigadores de la personalidad se equivocan, puesto que, de igual modo que en la mencionada encuesta sobre la intención de voto, la investigación de las diferencias individuales no proporciona conocimiento acerca de las personas.

Mientras que en el ejemplo citado podemos soslayar los problemas epistemológicos inherentes a la falacia del psicólogo (puesto que en este caso lo importante no son los votantes, en cuanto que individuos, sino los votos), sin embargo, estos problemas no pueden ser ignorados por el investigador de la personalidad (puesto que su misión conlleva el conocimiento de las personas). Por tanto, se trata de analizar si las variables de las diferencias individuales proporcionan conocimiento de los individuos. Y esto es lo que veremos a continuación.

La búsqueda de conocimiento sobre las tendencias humanas básicas.

La psicología de la personalidad, en sus orígenes, adoptó los principios metodológicos del "nomoteticismo" clásico de acuerdo con la línea de la estructura general de la personalidad, aproximación teórica que defiende la existencia de una estructura subyacente común a todas las personas, y en base a la cual podemos definir la personalidad de un individuo dado. Obviamente, la principal tarea de los investigadores comprometidos con buscar la estructura

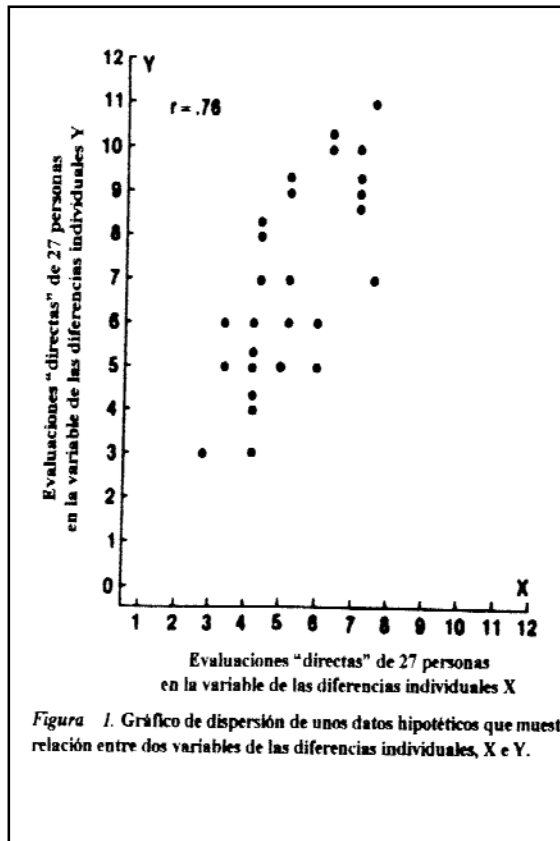
general de la personalidad es identificar empíricamente los elementos de dicha estructura. Muchos investigadores trabajan en este objetivo de identificación y, a pesar de las diferencias que puedan presentar, todos ellos comparten la idea de que

"La personalidad es aquella disciplina de la psicología interesada en explicar cómo los individuos nos diferenciamos... (Así) el principal objetivo en el estudio de la personalidad es dar una explicación sistemática de las diferencias individuales en las tendencias humanas (disposiciones, inclinaciones) explicativas del comportamiento" (Wiggins, 1979:395; el texto enfatizado es del original).

En cuanto a los fines que aquí perseguimos, el término que interesa analizar con detalle es el de "tendencias humanas". Este término constituye un elemento central en el pensamiento de muchos investigadores de la personalidad, situación que se refleja en el hecho de que en las publicaciones científicas habidas en el área predominan expresiones referentes a las "tendencias" que caracterizan y diferencian a las personas como resultado de (o, al menos, como una función de) determinadas características subyacentes de la personalidad. Ahora bien, ¿qué significan exactamente estas afirmaciones? Cuando nos referimos a las tendencias humanas, ¿en qué tipo de apoyo empírico se basan? y, realmente, dicho apoyo ¿qué tipo de conocimiento proporciona? El examen de estas cuestiones nos permitirá aclarar la situación.

Consideremos el siguiente ejemplo. En la figura 1 se ilustra gráficamente, en forma de diagrama de dispersión, la correlación existente entre dos hipotéticas variables de las diferencias individuales, "X" e "Y", calculada sobre 27 sujetos. Supongamos que las evaluaciones correspondientes a la variable "X" representan las diferencias individuales existentes en una característica de personalidad subyacente, y que las evaluaciones de la variable "Y" representan las diferencias individuales existentes en una variable criterio, la cual se supone está relacionada con "X". Los datos expuestos tan solo intentan ilustrar el tipo más básico de evidencia empírica que los investigadores de las diferencias individuales manejan en sus estudios, y mediante los cuales pretenden obtener conocimiento de las tendencias humanas básicas. Como se puede apreciar en la figura, el coeficiente de correlación

producto-momento de Pearson es igual a 0.76, cantidad que, como coeficiente de validez, sería considerada alta en el área.



A partir de estos datos, podríamos concluir razonablemente que: Existe una tendencia en las altas "X" a obtener altas "Y", y en las bajas "X" a obtener bajas "Y". Desde un punto de vista epistemológico, esta afirmación sería correcta. Esto es, la afirmación, tal como está formulada hace referencia a la tendencia que, de hecho, muestran los datos. Repárese, sin embargo, que, desde el punto de vista de una teoría de las personas, realmente la afirmación no hace referencia a nada en particular, puesto que la tendencia comentada se refiere al conjunto de puntos. Es decir, la tendencia se refiere al conjunto de los datos. Y puesto que el conjunto de los datos no está definido para las personas en cuanto que personas, sino solo para las personas en cuanto que grupo, la tendencia que el conjunto de los datos revela no puede constituir conocimiento sobre las tendencias de las personas, en tanto que

personas que están representadas en los datos.

Sin embargo, a estas cuestiones, mediante un juego de palabras, se les hace parecer distintas a cómo se acaba de exponer. El juego de palabras consiste en decir que los hallazgos empíricos, como los que hemos mostrado en la figura 1 constituyen una evidencia de que "las personas" (estas personas) con "altas" puntuaciones en la variable "X" son las que tienen una tendencia a puntuar alto en la variable "Y", mientras que "las personas" con bajas puntuaciones en "X" son las que tienen una tendencia a puntuar bajo en "Y". Con otras palabras, la afirmación parece ser relevante en cuanto a los intereses de la teoría de la personalidad porque dice que obtenemos conocimiento de las personas-como-personas. Pero, si la validez de una pretensión se basase en su mera afirmación, entonces nunca hubiésemos necesitado contar con evidencia empírica alguna.

Ahora bien, el basar por completo el término "tendencia" en datos como los mostrados en la figura 1 puede hacerse solo en virtud de que dicho término se refiere a la fuerza o magnitud de la relación existente entre las variables tomadas en consideración. En este sentido, en el ejemplo citado, podríamos concluir que en la medida que "X" e "Y" no muestren una relación perfecta, entonces es que "X" e "Y" "tienden" a relacionarse, pudiendo expresar cuantitativamente la fuerza de dicha tendencia mediante el valor que adopte r , 0.76. Hasta aquí, todo lo dicho resulta lógico siempre que tengamos en cuenta que en la frase "ellas tienden a relacionarse", el término "ellas" se refiere a las variables "X" e "Y" y el término "tendencia", al valor de r , 0.76, y que mientras que estas entidades se mantienen para las personas-en cuanto que-grupo, no se mantienen para las personas -en cuanto que-personas.

Pero, precisamente el problema surge por no tomar en consideración estos puntos. Y así, en una segunda interpretación de los mismos datos de la figura, llegamos a concluir que las personas-en cuanto que-personas son las entidades a las que se les atribuyen las tendencias. De este modo, cuando nos muestran resultados con altas r entre "X" e "Y", al final, en el apartado dedicado a la

discusión de resultados, nos vemos forzados a concluir que “las personas que puntúan alto en “X” tienden (tienen una fuerte tendencia) fuertemente a su vez a puntuar alto en “Y”, mientras que las personas que puntúan bajo en “X” tienden fuertemente a su vez a puntuar bajo en “Y”. En el caso de obtener una baja correlación entre “X” e “Y” (lo cual sucede generalmente), las calificaciones del término “tendencia” son modificadas en consonancia con este hecho.

Interpretaciones como las que acaban de exponerse son, en gran parte, las responsables de que se fomente el supuesto de que los hallazgos empíricos generados por la investigación de las diferencias individuales son relevantes para los intereses de la teoría de la personalidad. Pero, hay que tener en cuenta el hecho de que en tal conjunto de datos el único tipo de conocimiento que puede hacer referencia a cada una de las personas y, por tanto, a todas las personas-en cuanto que-personas, se localiza en único dato, que es el punto de intersección, la “unión”, de dos evaluaciones. Literalmente, logramos esa “unión”, calculando r , es decir, calculando los productos cruzados de las puntuaciones-Z obtenidas por cada persona.

En primer lugar, tenemos que aceptar el hecho obvio, pero en modo alguno conceptualmente trivial, de que los puntos de datos no están reflejando “tendencias” de ninguna clase. En términos de la figura 1, el contenido empírico del término “tendencia” es la magnitud de la correlación existente entre las variables “X” e “Y”. De esto se sigue que el contenido de dicho término no hace referencia a ninguna persona. Por tanto, en la medida en que nos apoyemos en dichos datos, podemos decir que el término “tendencia” no tiene ninguna base empírica, aparte de la correlación que lo define, no habiendo modo lógico de traducir ese significado, el del término “tendencia”, a nivel de los puntos de datos. Puesto que las personas-en cuanto que-personas están representadas en los puntos de datos individuales, de ello se sigue que no hay un modo lógico de “descubrir” ninguna tendencia (psicológica, conductual, o del tipo que sea) en cualesquiera de las personas a partir de la tendencia que se deriva del cálculo de una correlación sobre dichos datos.

Obviamente, los resultados empíricos que no proporcionan conocimiento de las tendencias

de cualquier persona, tampoco lo proporcionan de las tendencias de las personas en general (de cada una de las personas). Es decir, no podemos afirmar que dichos resultados proporcionen conocimiento nomotético, en el único sentido del término que interesa a una teoría de las personas: no proporcionan conocimiento acerca del funcionamiento psicológico/conductual del individuo (al respecto, ver Lamiell, 1998).

De lo dicho hasta aquí, no hay nada que cuestione la validez del supuesto teórico central en el enfoque la estructura general de la personalidad. Posteriormente, defenderemos con otros argumentos que cabe esperar que ello no sea así. Pero, el hecho es que aún si defendemos que el supuesto central del estructuralismo general es válido, entonces los hallazgos empíricos generados por la investigación de las diferencias individuales no pueden demostrar dicho supuesto.

A continuación, expondremos algunas cuestiones secundarias. Primero, el argumento desarrollado líneas arriba no depende de los datos concretos mostrados en la figura 1. Se aplica por igual a cualquier tipo de variables de las diferencias individuales “X” e “Y”, con independencia de lo que estas variables representen (rasgos, tipos, aspectos de los sistemas de los constructos personales, guiones, esquemas, prototipos, auto-conceptos, o del tipo que sean), con independencia del tipo de correlación del que el valor r sea resultante (fiabilidad o validez, predictiva o de constructo, etc.), y con independencia de la cuantía de la correlación. Además, el argumento se mantiene con independencia del número de correlaciones calculadas, y del tipo de diseño seguido para obtenerlas (es decir, el argumento se aplica también a los hallazgos empíricos de la investigación “interaccional” en el sentido de que se considera tanto variables de la persona como variables de la situación, e.g. Endler y Magnusson, 1976). Y el argumento se sigue manteniendo, en tanto se trate de hallazgos empíricos que hagan referencia a relaciones entre variables de las diferencias individuales (y si no lo son, entonces, para empezar, la investigación no es una investigación de las diferencias individuales).

Hemos de explicitar aquí también, que lo dicho se aplica por igual a los coeficientes de correlación múltiples generados por la investigación de las diferencias individuales. En el cálculo de una correlación múltiple, R, una única variable de las diferencias individuales (Y') está compuesta por dos o más variables "X". De este modo, la correlación múltiple entre el criterio (u otra variable), "Y", y dos o más "X" constituye la correlación simple entre "Y" e "Y'", puesto que esta última variable, "Y'", es la combinación de dos o más "X". En efecto, una R múltiple constituye realmente un caso especial de la r simple, aplicándose, de este modo, por igual el argumento mencionado.

Por último, con respecto a la afirmación de que a partir de datos como los mostrados en la figura 1, el conocimiento que legítimamente podemos defender sobre las personas es un conocimiento para cada persona que está representada en un único punto de los datos, hay que señalar que desde un punto de vista epistemológico el énfasis se sitúa en el término "único" y no, por el contrario, en el término "punto de los datos". Los problemas epistemológicos de la psicología de la personalidad no obedecen per se ni a la medición ni al análisis cuantitativo de los datos. Obedecen a la clase de medición y de análisis que realiza la investigación de las diferencias individuales, y con la cual pretende responder a las cuestiones que supuestamente investiga. Mantener el punto de vista contrario solo puede hacerse si razonamos falazmente, tal como señaló William James.

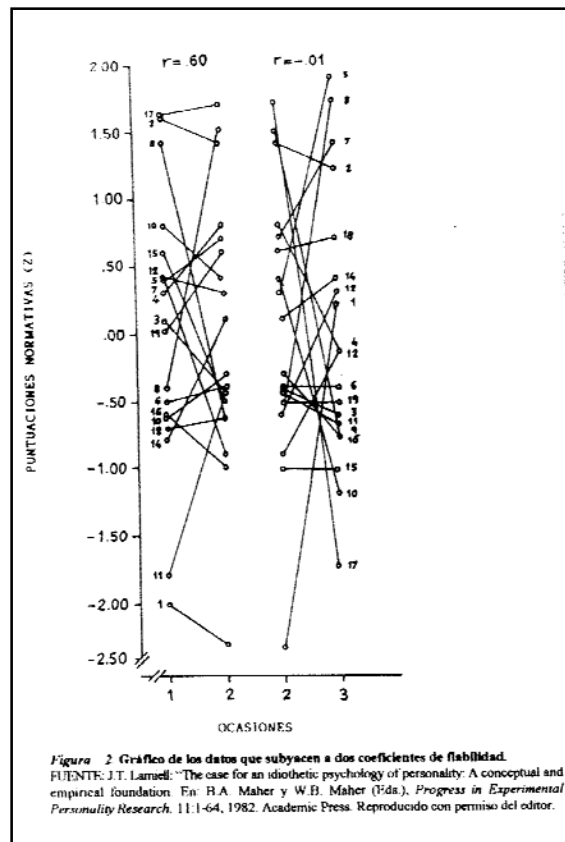
Habiendo visto cómo este tipo de razonamiento erróneo se da en el caso de las "tendencias humanas básicas", veremos a continuación cómo, también, se da en el tema de la (in)consistencia temporal y transituacional de la personalidad.

La polémica sobre la consistencia comportamental desde una perspectiva epistemológica.

Desde principios de los años 70 y hasta los años 80, el que se ha dado en llamar debate teórico sobre la "consistencia comportamental" a lo largo del tiempo y a través de las situaciones, se ha basado casi

por completo en los coeficientes de fiabilidad y validez generados en los estudios que trabajan con variables de las diferencias individuales. Y con estos coeficientes, Walter Mischell (1968) intentó dar solución al debate como, posteriormente, también otros autores también han hecho (al respecto, ver por ejemplo Epstein 1977, 1979, 1980, 1983).

Desde un punto de vista epistemológico, lo "aceptado" en dicho debate siempre ha sido que la cuantía de un "coeficiente de estabilidad", calculado en una de las variables de las diferencias individuales, constituye una prueba empírica que es adecuada en cuanto a la generalización del grado de consistencia que los individuos muestran en atributos subyacentes. En este sentido, una "alta" correlación significaría que en general los individuos estudiados han sido consistentes en el atributo medido, y una "baja" correlación, que los individuos han sido, en general, inconsistentes. Teniendo en cuenta este principio, examinemos los datos que aparecen en la figura 2.



Estos datos proceden de un estudio real (Lamiell, 1982; Lamiell, Trierweiler, y Foss, 1983a). En concreto, pedimos a 19 sujetos (11 varones y 8 mujeres, estudiantes universitarios) que indicasen la frecuencia de realización, durante los dos días anteriores a la cumplimentación, de 18 actividades. Se usaron estos datos para calcular en los 19 sujetos tres evaluaciones en el atributo subyacente “sociable vs. insociable”.

Siguiendo procedimientos estándares, cada una de las 19 evaluaciones se transformaron en sus correspondientes medidas normativas (puntuaciones-Z), que son las que se muestran gráficamente en la figura 2. De este modo, cada línea de la figura representa la cuantía del cambio operado en las puntuaciones normativas entre las sucesivas ocasiones de medida para cada uno de los 19 sujetos en el atributo en cuestión (en la parte izquierda, el cambio de la primera ocasión a la segunda ocasión, y en la parte derecha, el cambio de la segunda a la tercera ocasión). Es decir, la inclinación de una línea representa la (in)consistencia mostrada por uno de los individuos en el intervalo temporal de dos días, y a mayor inclinación, menor consistencia. Como se puede observar, los coeficientes de fiabilidad test-retest (coeficientes de correlación producto-momento de Perason) son de +0.60 (ocasión 1-ocasión2) y de -0.01 (ocasión 2-ocasión3).

Repárese que, en el eje de coordenadas Y (la ordenada) se representan las puntuaciones normativas (puntuaciones-Z). Esto obedece a dos motivos: (a) a que, según el paradigma de las diferencias individuales, las medidas de la personalidad se definen en términos de puntuaciones-Z y (b) a que un “coeficiente de estabilidad” convencional es el resultado de promediar los productos cruzados de puntuaciones-Z.

Cuando los contendientes de la polémica sobre la consistencia vs. inconsistencia debaten acerca de la (in)consistencia comportamental, se produce un vacío conceptual entre la cuestión, objeto del debate, y los principios empíricos del mismo. En el mejor de los casos (lo cual nunca sucede como posteriormente se verá), los coeficientes obtenidos tan solo son una prueba de la consistencia en el posicionamiento de los sujetos en relación a la media de su grupo, dado que este es el

significado de las medidas normativas en las cuales se basan las correlaciones.

Pero, una cosa es hablar de la consistencia del posicionamiento en relación a la media del grupo, y otra cosa distinta es hablar de la consistencia comportamental de los individuos. En este sentido, es posible que el comportamiento de los individuos cambie de modo significativo sin que ello suponga cambios en sus posiciones relativas a la media del grupo, y también es posible que las posiciones de los individuos dentro de una distribución cambien a pesar de que exista una consistencia comportamental perfecta.

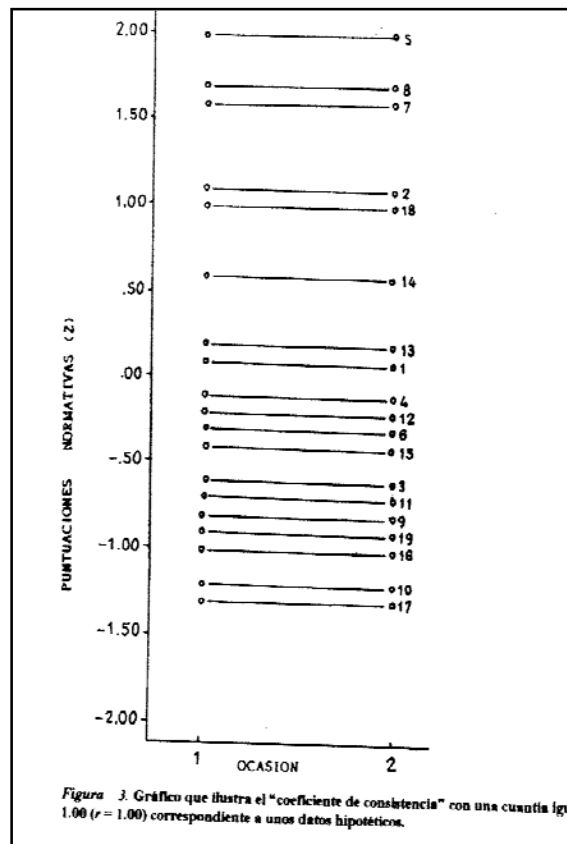
Así, aparte de las afirmaciones realizadas (supuestamente ciertas) a tenor de la consistencia comportamental y transituacional en el “comportamiento de los individuos”, cuando analizamos con detalle el tipo de evidencia que manejan los autores, vemos que dicha evidencia no hace referencia en absoluto al tema de la consistencia comportamental-comportamental y, lo que es más, dicha evidencia tampoco hace referencia a la consistencia del individuo (sea ésta “comportamental” o de otra clase).

Como se puede observar, en la parte izquierda de la figura 2 se muestra el “coeficiente de estabilidad” correspondiente a las dos primeras ocasiones de medida ($r=0.60$). La interpretación psicológica convencional dada a los coeficientes de estabilidad de esta cuantía es que en general los 19 sujetos estudiados han sido muy consistentes entre ambas ocasiones de medida en el atributo medido. Por tanto, la cuantía del “coeficiente de estabilidad” es un índice del grado de consistencia con que los individuos manifiestan un atributo dado. Sin embargo, si nos fijamos en la figura veremos que este razonamiento simplemente es erróneo, puesto que lo único que podemos concluir es que los 19 sujetos estudiados no son igualmente (in)consistentes. Así, por ejemplo los sujetos números 2, 5, 6, 13, y 17 obtienen medidas muy semejantes en ambas ocasiones de medida, mientras que los sujetos números 8, 9, 12, 14, y 15 obtienen medidas que son menos semejantes. Desde un punto de vista convencional, se defendería que estos últimos cinco individuos, en cuanto que individuos, son completamente inconsistentes en la manifestación del atributo medido.

Por tanto, a partir de un “coeficiente de estabilidad alto” no podemos concluir que en general los 19 individuos estudiados han sido “altamente” consistentes entre ambas ocasiones de medida.

El razonamiento que se acaba de exponer se aplica por igual si consideramos el “coeficiente de estabilidad” correspondiente a la segunda y tercera ocasiones de medida ($r = -.01$), cuyos datos aparecen en la parte derecha de la figura. En este caso, se trata de un coeficiente de estabilidad de baja cuantía (de hecho, “nulo”) y que, desde un punto de vista convencional, sería interpretado como que, en general, los 19 individuos estudiados son inconsistentes entre ambas ocasiones de medida. Sin embargo, al igual que en el caso de los coeficientes de “alta cuantía”, en este caso lo único que de un modo legítimo podemos concluir es que los 19 individuos estudiados no son igualmente (in)consistentes. Así, si analizamos, caso a caso, el conjunto total de los datos, veremos que, por ejemplo, los individuos números 1, 5, 8, 9, 10, y 17 obtienen medidas diferentes en ambas ocasiones de medida, mientras que los individuos números 2, 3, 6, 14, 16, y 18 obtienen medidas más semejantes, e incluso idénticas en algunos de estos individuos. A pesar del “bajo coeficiente de estabilidad” registrado, estos últimos individuos en cuanto que individuos son completamente consistentes en la manifestación del atributo medido. Por tanto, a partir de estos últimos valores no podemos concluir que “en general” los 19 individuos estudiados son inconsistentes.

Existiría, sin embargo, un único y excepcional caso (a saber, cuando $r = 1.00$) en el que a partir de un “coeficiente de estabilidad convencional” podríamos concluir en la consistencia temporal o transituacional de los individuos. Este sería el único caso en el que, de un modo legítimo, podríamos concluir que lo afirmado para el agregado de personas, es decir, en cuanto que grupo de personas, también se sigue para las personas en general, es decir, para cada uno de los individuos del grupo. Esta idea se ilustra gráficamente en la figura 3.



Al contrario de lo que sucedía en la figura 2, en este caso, es decir, cuando $r = 1.00$, no se registra ningún cambio en las puntuaciones alcanzadas por los 19 sujetos, siendo, por tanto, las puntuaciones iguales en ambas ocasiones de medida. En consecuencia, las líneas no presentan ninguna inclinación de la primera a la segunda ocasión. Y esto es así, es decir, $r = 1.00$, porque los productos cruzados de las puntuaciones-Z son idénticos a través de todos los individuos de la muestra. Epistemológicamente, este sería el único caso en el que un coeficiente de estabilidad de valor igual a 1.00 podría ser interpretado como un coeficiente de consistencia comportamental de los individuos. Es decir, el único caso en el que lo que se afirma para las personas- en cuanto que-grupo de personas, también se afirma en general, para las personas-en cuanto que- personas.

El error de razonamiento que tradicionalmente se comete en el tema de la consistencia comportamental es dar la misma

interpretación a los “coeficientes de estabilidad” con una cuantía igual a la unidad que a los coeficientes con una cuantía menor. La interpretación es cualitativamente distinta y no una cuestión de grado. Es decir, a excepción del único caso en que la correlación es perfecta, “altas” correlaciones no significan que en general los individuos sean inconsistentes. O, dicho de otro modo, por lo que respecta al tema de la (in)consistencia de la personalidad, la obtención de “altos” y “bajos” coeficientes tendría la misma significación, a saber, que los individuos del grupo no se muestran igualmente consistentes.

El argumento expuesto aquí no defiende que para poder validar el supuesto teórico de una consistencia en la personalidad se tenga que registrar una consistencia perfecta a través del tiempo y de las situaciones. Lo que aquí se defiende es que para estudiar empíricamente la consistencia de los atributos de la personalidad, los resultados que se obtengan deben ser (a) relevantes para el tema de la (in)consistencia y (b) interpretables a nivel del individuo. Y, justamente, lo que sucede es que los “coeficientes de estabilidad” de la investigación de las diferencias individuales no son interpretables a nivel del individuo (claro está, a menos que estos coeficientes sean perfectos, y no lo pueden ser a menos que cada uno de los individuos estudiados sea perfectamente consistente en el sentido que defiende la aproximación normativa).

En el sentido expuesto, podríamos pensar que dichos “coeficientes de estabilidad” sí que nos informarían “al menos” de la consistencia manifestada por algunos de los individuos. Pero, nada más lejos de esto. Ciertamente, la obtención de un “coeficiente de estabilidad” menor a la unidad permite que el investigador, como mucho, pueda referirse a la consistencia de algunos de los individuos del grupo, pero no le permite poder referirse a la consistencia de cualquier individuo (a no ser que el investigador analice los resultados a nivel del individuo, es decir, individuo a individuo).

Por tanto, el problema epistemológico de base no reside únicamente en el hecho de que a partir de un “coeficiente de estabilidad” convencional dado cuya cuantía sea menor a la unidad no podamos referirnos a la

consistencia a nivel de todos los individuos del grupo. El problema es más profundo, por cuanto que, mediante dicho coeficiente tampoco podemos referirnos a la consistencia a nivel de cada individuo del grupo. A fin de ilustrar este punto, realizaremos a continuación un breve ejercicio.

Oculte los datos que se representan gráficamente en la figura 2, y hágalo, de tal modo, que sólo queden visibles a los “coeficientes de estabilidad” que están en la parte superior de la figura. A continuación, y basándose exclusivamente en dichos coeficientes (con cualquiera de ambos), hágase la siguiente pregunta: ¿qué grado de consistencia muestra el sujeto 1 durante el intervalo temporal tomado en consideración? A no ser que Vd recurra a la inspección directa de los datos correspondientes al sujeto 1, encontrará que, básicamente, su respuesta sólo puede ser del tipo: “No puedo contestar”. Y si Vd repite el proceso señalado en los restantes sujetos, llegará, las 19 veces, siempre a la misma conclusión. Y esto le ocurrirá con independencia de la parte de la figura 2 (izquierda o derecha) elegida para realizar el ejercicio, y con independencia también del hecho de que las cuantías de los “coeficientes de estabilidad” hubiesen sido distintas a las de los coeficientes presentados concretamente en la figura, cuantías que, en ninguno de ambos casos, alcanzan la unidad. Por tanto, hemos de concluir que el tipo de evidencia empírica, que los “nomoteticistas” clásicos siempre han considerado relevante en cuanto a la tarea de determinar lo que se afirma “para cada uno” (es decir, para las personas en general), nos proporciona la respuesta a la simple pregunta: ¿Consistencia de quién?, de nadie.

Ahora bien, podríamos argumentar que puesto que, después de todo, los “coeficientes de estabilidad” se refieren a individuos (es decir a las medidas normativas representadas por las puntuaciones-Z), un investigador podría “desagregar”² dichos coeficientes y, de este

² (N. del T.): Este término es una traducción literal de “disaggregate”, que los autores, Lamiell y Lee, emplean en su texto, y que expresaría la idea de retornar a los datos originales procedentes de los propios individuos, antes de su procesamiento estadístico. En este sentido, originalmente, estos datos serían, en términos de los autores, datos “desagregados”, mientras que, posteriormente, tras su procesamiento estadístico, serían datos

modo, acceder a los datos que necesita para determinar la (in)consistencia de uno cualquiera de los individuos (de mismo modo que nosotros hemos hecho al construir la figura 2). Sin embargo, cuando uno se da cuenta de que un investigador podría haber tenido acceso directo a los datos antes de calcular con ellos un “coeficiente de estabilidad”, resulta obvio que tal cálculo sería superfluo cara a las cuestiones que son relevantes para las (in)consistencias de los individuos.

¿Qué significa realimentar la evidencia empírica disponible relativa a la (in)consistencia de la Personalidad?

A pesar del modo erróneo con que se enfocó la “clásica” polémica en torno a la consistencia comportamental, paradójicamente, el grueso de los hallazgos empíricos generados por la investigación de las diferencias individuales aporta algo que tiene trascendencia para la polémica sobre lo nomotético vs. idiográfico, al menos tal y como se viene conceptualizando en el último de los enfoques.

Como hemos intentado poner de relieve líneas arriba, si interpretamos adecuadamente la evidencia existente sobre la consistencia tenemos que llegar a la conclusión de que aún no hemos encontrado a los individuos que sean igualmente (in)consistentes en cualquiera de las muchas variables que, hasta la fecha, la psicología diferencial ha analizado. Ahora bien, cuando relacionamos este hecho con el principio “nomotético” tradicional referente a que los atributos que muestran una alta consistencia son, precisamente, los atributos que conforman la estructura básica de “la” personalidad humana, inevitablemente, tenemos que concluir que, tras ocho décadas de investigación, aún no se ha identificado empíricamente siquiera un “elemento” básico de la hipotética estructura general de la personalidad. Dicho con otras palabras, si (a) la personalidad de un individuo dado se

concibe como resultado de una variación cuantitativa en los elementos que componen la estructura de la personalidad general y común a todos los individuos, y si (b) la existencia de dichos supuestos elementos estructurales depende del grado de consistencia que empíricamente muestren (la cuantía exacta que ha de alcanzar esta consistencia nunca se ha especificado), entonces (c) la búsqueda de los elementos estructurales por un lado, y la búsqueda de evidencia sobre la consistencia de dichos elementos por otro lado constituyen tareas inextricablemente unidas.

Pero como hemos visto, la evidencia empírica nos lleva a la conclusión de que, hasta el momento, ninguno de los atributos estudiados muestra una consistencia común a todos los individuos. Por tanto, aún queda por identificar un atributo del que podamos decir que es común a todos los individuos, y de este modo, la mítica tabla periódica de los elementos nomotéticos de la personalidad permanece vacía³.

³ (N. del T.): En relación al tema de la consistencia comportamental como modo de probar empíricamente la existencia de atributos subyacentes de “la” personalidad, Lamiell y Lee, en el presente texto, contra su análisis en los coeficientes de fiabilidad calculados a través de diferentes individuos. En otros trabajos (Lamiell, J.T., 1982), Lamiell también defenderá que los coeficientes de fiabilidad calculados a través de diferentes atributos en un mismo individuo tampoco resultan válidos en la tarea de “identificación” empírica de los elementos de la personalidad. Por ejemplo, en el estudio clásico de Baldwin (1942) se correlacionaron las puntuaciones de pares de atributos (y no, de individuos) obtenidas en varias ocasiones de medida en un mismo individuo. Siguiendo la misma lógica discursiva, Lamiell concluye que este tipo de diseño de análisis de datos (intra-sujeto) nos informaría del grado de covariación existente entre pares de atributos y, en este sentido, de la consistencia referida al conjunto de los atributos. En otro de los trabajos citados (Harris, 1980), se utilizó ls correlaciones “O” propuestas por Cattell (1966) para calcular la consistencia entre perfiles de atributos (en concreto, 21 atributos correspondientes al PRF - “Formulario para la Investigación de la Personalidad” - de Jackson) referidos a un mismo individuo y en tres ocasiones de medida. También, siguiendo a Lamiell, este tipo de diseño intra-sujeto nos informaría del grado de consistencia mostrado por el individuo en el conjunto de los atributos estudiados (21, en este caso). Tanto, los coeficientes de fiabilidad calculados en diseños intra-sujeto, como los comentados, tampoco resultan adecuados para identificar empíricamente los “elementos” básicos de la personalidad. La no viabilidad de estos coeficientes se establece, en este caso, apelando al agregado de atributos (no al agregado de sujetos). Dichos coeficientes nos informan de la consistencia mostrada por el agregado de atributos, y no de la consis-

“agregados”, datos procedentes de un estudio grupal y no de un estudio a nivel individual. En ausencia de un término más adecuado se ha optado por esta traducción: “desagregar.”

Desde luego, el fracaso habido hasta el momento en “aislar” dichos “elementos” no significa que nunca se conseguirá. Sin embargo, resulta irónico pensar que los “nomoteticistas”, al buscar fervientemente (y continuamente) estos “elementos”, al final, lo que han encontrado son pruebas (a) de que los supuestos teóricos en los que históricamente se ha basado su búsqueda (es decir, los supuestos de estructuralismo genérico) son con toda probabilidad falsos y que (b) la psicología de la personalidad, tachada de “anticientífica” y desterrada a un rincón hace unos veinte años (i.e. Gordon Allport, al respecto ver Lamiell, 1997, capítulo 1), era (se no con total certeza, sí más allá de toda duda razonable) correcta.

De mediados hasta finales de los años 70 Daryl Bem y Andrea Allen intentaron hacer resurgir los puntos de vista de Gordon Allport (al respecto, ver Bem y Allen, 1974). Desafortunadamente, ninguno de estos autores consiguió convencer a los nomoteticistas y, al final, capitularon (al respecto, ver Bem 1983). Sin embargo, con la información que hemos ido exponiendo quizá aún podemos convencer a los nomoteticistas contemporáneos de que sus propios resultados sobre la consistencia de hecho aportan pruebas para la defensa de una posición idiográfica, pruebas de mayor peso que las que los mismos idiografistas hubieran imaginado.

Predicción comportamental y la búsqueda de “Leyes Nomotéticas”.

Un tercer objetivo del nomoteticismo clásico defiende que los hallazgos de la investigación de las diferencias individuales pueden contribuir al objetivo práctico de la predicción comportamental y, simultáneamente, al objetivo más teórico de demostrar que el comportamiento se relaciona sistemáticamente con (y quizá, está causado por) cualidades o atributos de personalidad que los individuos poseen en

tencia de un atributo determinado, ni de la de cada uno de los atributos y, en este sentido, tampoco nos informan de la consistencia de los atributos en general. La obtención, en este tipo de diseño de análisis intra-sujeto, de coeficientes de fiabilidad con una cuantía menor a la unidad solo nos informaría de que el individuo estudiado no es igualmente consistente en todos los atributos.

mayor o menor grado. Por otro lado, y en tanto que se establece la validez de constructo de las variables que supuestamente representan a dichas cualidades, los hallazgos empíricos generados por la investigación, y siempre que hallan sido validados cruzadamente, pueden servir de base en la articulación de las “leyes nomotéticas” del funcionamiento de la personalidad.

La cuantía de las correlaciones existentes entre las variables criterio tomadas en consideración por un lado, y las variables de personalidad por otro, refleja el grado de predicción alcanzado en un ámbito comportamental dado. Los predictores de tipo personal pueden actuar de modo aislado o bien en combinación con otros predictores de tipo situacional. Desde un punto de vista estadístico, el tema de la predicción se resuelve mediante la aplicación de ecuaciones de regresión, que expresan cuantitativamente el grado de relación existente entre las variables estudiadas. Las ecuaciones de regresión utilizadas pueden ser de diversos tipos, y el tipo elegido dependerá del diseño de investigación concreto seguido. Sin embargo, a pesar de su diversidad, todas estas ecuaciones, básicamente, se basan en un mismo principio (Lamiell, 1997, capítulos 2 y 3). Basándonos en dichas ecuaciones, analizaremos a continuación el tipo de conocimiento que realmente las mismas generan en cuanto al tema de la predicción comportamental y la formulación de “leyes nomotéticas”.

Para comenzar, decimos que un investigador de la personalidad se plantea “predecir el comportamiento de una persona” a partir de los resultados generados por la investigación de las diferencias individuales. Esto, simplemente, significa que el investigador puede formular una predicción sobre el comportamiento de esa persona, siendo tal predicción inexacta en la medida que los coeficientes de predicción alcanzados no tengan una cuantía perfecta y, puesto que éste es siempre el caso, realmente, no debería hacerse tal formulación. Teniendo en cuenta lo dicho, empezamos a darnos cuenta del razonamiento falaz que se comete en el terreno de la predicción comportamental.

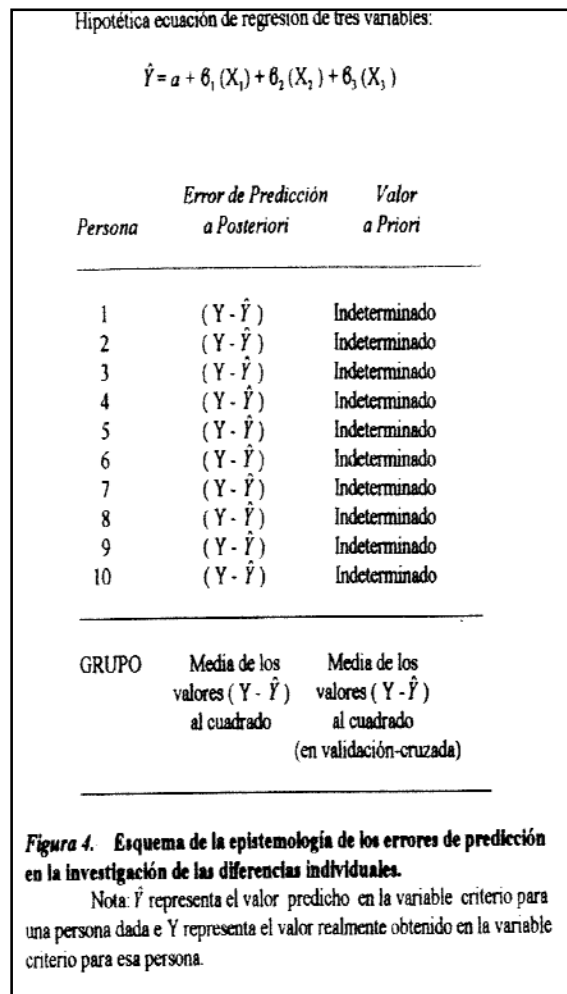
Consideremos el hecho de que podemos formular una predicción sobre el

comportamiento de un individuo sin, para ello, tener que recurrir al conocimiento generado por la investigación, sea del tipo que sea. Simplemente, podemos decidir formular una predicción “no prevista” y hacerla. Siendo este el caso, difícilmente podemos afirmar que la investigación empírica sistemática nos permita hacer algo más de lo que podríamos hacer de otros modos. Entonces ¿qué hay de especial en las predicciones procedentes de la investigación? Si hacemos esta pregunta a los partidarios del “nomoteticismo” convencional, la respuesta rutinaria e inevitable que dan se puede parafrasear del siguiente modo: Sí, bueno, podemos formular predicciones sobre el comportamiento de un individuo sin, para ello, basarnos en el conocimiento generado por la investigación empírica. Pero, aquellos que formulan una predicción “no prevista” no están en posición de hacer afirmaciones sobre la exactitud de la predicción y, en comparación con las predicciones “no previstas”, esto es lo que hace que las predicciones basadas en los hallazgos de la investigación de las diferencias individuales sean predicciones especiales.

El problema que surge con las predicciones que se basan en ecuaciones de regresión es que mediante las mismas no podemos especificar “a priori” la exactitud de la predicción. En última instancia, los resultados obtenidos con dichas ecuaciones no informan del promedio (al cuadrado) de los errores de predicción, es decir, a través de los sujetos, tal como se ilustra en los datos de la figura 4.

Dicha figura muestra una hipotética ecuación de regresión que relaciona (mediante procedimientos de correlación/regresión múltiple) a tres variables de “personalidad”, a saber, X1, X2, X3, con una variable criterio Y. El valor del coeficiente \hat{b} es el “peso” mediante el cual la evaluación “directa” de un individuo obtenida en la variable X se “pondera” para obtener el valor \hat{Y} en el mismo individuo. En este ejemplo, y por simplicidad, supondremos que \hat{b} es igual al coeficiente de correlación existente entre la variable X y los valores obtenidos realmente en la variable criterio Y, aunque, estrictamente hablando, esto no tiene por qué ser así (al respecto de cómo los coeficientes \hat{b} se relacionan con, y se derivan

de, los coeficientes de correlación, consúltese la exposición de Kerlinger y Pedhazur, 1974).



Siendo \hat{Y} la puntuación predicha en un individuo dado, e Y la puntuación real obtenida por el mismo individuo en la variable criterio, entonces (Y- \hat{Y}) es el grado de error en (o, alternativamente, la exactitud en) la predicción para dicho individuo. Teniendo en cuenta esto, la afirmación que anteriormente hicimos acerca del conocimiento que realmente obtenemos con la investigación de las diferencias individuales en cuanto a la exactitud-de-la predicción aparece representada formalmente en la parte inferior de la columna central de la figura 4. Es decir, dado que esta operación se realiza con todos los individuos del estudio, la investigación que usa estas ecuaciones no informa del valor medio de $\frac{1}{N} \sum (Y - \hat{Y})^2$ correspondiente a la muestra total de

individuos, es decir, correspondiente a las personas-en cuanto que-grupo de personas.

Por tanto, un investigador que haga predicciones basándose en los resultados de la investigación de las diferencias individuales no está en posición de poder especificar “a priori” el grado de exactitud de las mismas, es decir, para cualquier persona en cuanto que persona. Si fuese posible especificar el valor de $(Y-\hat{Y})$ caso a caso, entonces no existiría ningún “error de predicción” y, por tanto, de tener la convicción de que todas las siguientes predicciones serán perfectamente exactas!”

De lo expuesto, se desprende con claridad que el único caso en que “a priori” podemos saber el error de predicción para un individuo dado es cuando los coeficientes de predicción (correlaciones simples o múltiples) son perfectos (es decir, $r=+/-1.00$), puesto que, por definición, en este caso, el error de predicción es cero para cada uno y todos los individuos. Sin embargo, cuando el valor de la correlación es menor a 1, el error de predicción es, por definición, a nivel del individuo y, por tanto, también indeterminado para cada uno y todos los individuos. En efecto, el error de predicción en un sujeto dado puede adoptar cualquier tipo de valor que esté comprendido en la escala de medida utilizada para definir la variable criterio de interés. Por tanto, legítimamente no podemos exigir mayor precisión que ésta, y podemos exigir mayor “precisión” sin tener que recurrir a ningún conocimiento de investigación. Y, de este modo, volvemos a estar al punto donde comenzamos.

Desde luego, lo expuesto no significa que el conocimiento generado por la investigación de las diferencias no tenga ninguna alguna. Por el contrario, este conocimiento tiene múltiples aplicaciones, e incluso podemos señalar un caso en el que dicho conocimiento sirva al objetivo de la predicción comportamental. Todos los esquemas de predicción actuarial se basan en la noción de que maximizar la exactitud de la predicción significa minimizar los errores de la predicción en el promedio. La investigación de las diferencias individuales calcula este promedio a través de diversas personas y, por tanto, la exactitud alcanzada en la predicción se refiere a las personas en cuanto que grupo,

pero no se refiere a las personas en cuanto que personas. Dentro del esquema de trabajo de las diferencias individuales, esta conclusión solo posee dos explicaciones posibles. Una explicación es apelar a la obtención de correlaciones perfectas como bases de la predicción. La otra, es apelar a la falacia del psicólogo. La primera es prácticamente inalcanzable, y la última es científicamente inaceptable.

Más allá de las implicaciones que la investigación de las diferencias individuales tenga en el terreno de la predicción comportamental por se, lo que debe quedar claro es que dicha investigación no genera “leyes nomotéticas” relevantes para la teoría de la personalidad. Ya hemos visto que según el paradigma tradicional el mismo concepto de comportamiento “legal” está relacionado directamente con la evidencia de que el comportamiento es predecible en algún grado. Pero dado que el conocimiento que la investigación de las diferencias individuales genera en el ámbito de la predicción comportamental no constituye de hecho conocimiento de ninguna persona, tampoco constituye conocimiento de todas las personas y, desde el punto de vista de la teoría de la personalidad, se trata simplemente de un conocimiento irrelevante.

Resumen y Conclusiones

En este artículo nos hemos centrado en el análisis epistemológico de tres temas que, históricamente, han sido básicos para los “nomoteticistas” clásicos: (a) la búsqueda de las tendencias humanas básicas, (b) la clásica polémica en torno a la (in)consistencia de la personalidad, (c) el tema de la predicción comportamental en conexión con el establecimiento de “leyes” nomotéticas del funcionamiento de la personalidad. El principal objetivo de dicho análisis ha sido mostrar cómo los resultados de la investigación de las diferencias individuales se hacen que parezcan interpretables a nivel del individuo mediante la aplicación del tipo de razonamiento que William James denominó la falacia del psicólogo. En los tres casos analizados se ha pretendido poner de relieve que el tipo de conocimiento generado por la investigación de las diferencias individuales, por razones lógicas, solo es válido para las

personas-en cuanto que-grupo de persona y que, por el contrario, no resulta defendible para las personas-en cuanto que-personas.

Quizá, la creencia de que la investigación de las diferencias individuales produce conocimiento sobre el comportamiento o el funcionamiento psicológicos de los individuos se basa, en última instancia, en el hecho de que la “materia prima” de dicha investigación está compuesta por observaciones, evaluaciones, y mediciones efectuadas en los individuos. Es decir, ciertamente el “input” de dicha investigación está constituido por información interpretable a nivel del individuo. El problema, sin embargo, es que, tras su procesamiento estadístico, el “output” empírico ya no es interpretable a nivel de los individuos (no obstante, la índole del “input”) y, por tanto, tampoco es relevante para los intereses de la teoría de la personalidad.

Puesto que el tipo de conocimiento derivado de la investigación de las diferencias individuales así como los estadísticos procedentes de un estudio grupal, o de agregados, están, ambos, inextricablemente unidos, no está fuera de lugar afirmar que dicha investigación conduce a una psicología de la impersonalidad. Ciertamente, el conocimiento de las variables de las diferencias individuales constituye conocimiento de esas variables pero, no constituye conocimiento de los individuos que las generaron. Y en este sentido, cabe hablar de una psicología de la impersonalidad, de una psicología de la personalidad que no proporciona conocimiento acerca de los individuos: ni de un individuo determinado, ni de los individuos en general (es decir, conocimiento nomotético). Para que dicha psicología proporcionarse conocimiento nomotético debería demostrar su validez en cada uno de los individuos del grupo, y no solamente en el agregado de los individuos.

Finalizando la presente exposición, subrayar que lo que en este trabajo se cuestiona no es la investigación de las diferencias individuales “per se”. Ciertamente esta investigación tiene muchos posibles campos de aplicación. En este trabajo lo que se cuestiona es la adecuación de dicha investigación como marco de trabajo para la teoría de la personalidad.

A este respecto, las limitaciones del paradigma tradicional son de índole epistemológica. No importa el tipo de variables de las diferencias individuales que se manejen (rasgos, tipos, cogniciones, etc.) y si se estudian o no en interacción con otro tipo de variables (como es el caso de los diseños de investigación utilizados en el interaccionismo), las limitaciones residen en el propio paradigma en su aplicación a la teoría de la personalidad, a pesar de las diversas formas que dicho paradigma pueda adoptar (Lamiel, 1985; Lamiel y Trierweiler, 1986a; 1986b; Paunomen y Jackson, 1986). Por tanto, mientras se siga defendiendo que “el estudio de la personalidad es esencialmente el estudio de las diferencias individuales” no habrá un verdadero progreso teórico en la psicología de la personalidad.

Referencias

- Angleitner, Alois (1991). Personality psychology: Trends and developments. *European Journal of Personality*, 5, 185-197.
- Baldwin, Alfred (1942). Personal structure analysis: A statistical method for investigating the single personality. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 37, 163-183.
- Bem, Daryl J. (1983). Bem, D. J. (1983). Constructing a theory of the triple typology: Some (second) thoughts on nomothetic and idiographic approaches to personality. *Journal of Personality*, 51, 566-577.
- Bem, Daryl J. & Allen, Andrea (1974). Predicting some of the people some of the time: The search for cross-situational consistencies in behavior. *Psychological Review*, 81, 506-520.
- Cattell, Raymond B. (Ed.) (1966). *Handbook of Multivariate Experimental Psychology*. Chicago, IL: Rand McNally.
- Digman, Jonh M. (1990). *Personality structure: Emergence of the five-factor model*. Palo Alto, CA, Annual Reviews, Inc.
- Digman, John M. (1989). Five robust trait dimensions: Development, stability, and utility. *Journal of Personality* 57: 195-214.
- Endler, Norman S.; Magnusson, David (1976). Toward an interactional psychology of personality. *Psychological Bulletin*. Vol 83(5), 956-974.
- Epstein, Seymour (1977). Traits are alive and well. En S. Magnusson & N. S. Endler (Eds.), *Personality at the crossroads: Current issues in interac-*

- tional psychology* (pp. 83-98). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Epstein, Seymour (1979a). The stability of behavior: 1. On predicting most of the people much of the time. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1097-1126.
- Epstein, Seymour (1980b). The stability of behavior: II. Implications for psychological research. *American Psychologist*, 35, 790-806.
- Epstein, Seymour (1983d). Aggregation and beyond: Some basic issues on the prediction of behavior. *Journal of Personality*, 51, 360-392.
- Goldberg, Lewis R. (1993). The structure of phenotypic personality traits. *American Psychologist* 48: 26-34.
- Harris, Jesse G., Jr. (1980). Nomovalidation and idiovalidation: A quest for the true personality profile. *American Psychologist*. 35:729-44.
- Kerlinger, Fred N. y Elazar J. Pedhazur. (1974). *Multiple Regression in Behavioral Research*. New York, NY: Hold, Rinehart, and Winston.
- Lamiell, James T. (2000). "A periodic table of personality elements? The "Big Five" and trait "psychology" in critical perspective." *The Journal of Theoretical and Philosophical Psychology* 20: 1-24.
- Lamiell, James T. (1987). *The Psychology of Personality: An Epistemological Inquiry*. New York, NY: Columbia University Press. [Traducción al castellano: Lamiell, James T. (1997). *Psicología de la Personalidad: Un Estudio Epistemológico*. M.a Consuelo Roldán. (Trad). Valencia, España: Promolibro Press].
- Lamiell, James T. y Steven J. Trierweiler. (1986a). Personality measurement and intuitive personality judgments from an idiothetic point of view. *Clinical Psychological Review*. 6:471-91.
- Lamiell, James T. y Steven J. Trierweiler. (1986b). Idiothetic inquiry and the challenge to conventional "nomotheticism. *Journal of Personality*. 54:460-69.
- Lamiell, James T., Steven J. Trierweiler, y Mark A. Foss. (1983). Detecting (in)consistencies in personality: Reconciling intuitions as empirical evidence. *Journal of Personality Assessment*. 47:380-89.
- Lamiell, James T. (1982). The case for an idiothetic psychology of personality: A conceptual and empirical foundation. En B.A. Maher, Eds., *Progress in Experimental Personality Research*. 11:1-64. New York, NY: Academic Press.
- Maher, Brendan A. ed. (1969). *Clinical Psychology and Personality: The Selected Papers of George Kelly*. New York, NY: Wiley.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T., Jr. (1986). Clinical assessment can benefit from recent advances in personality psychology. *American Psychologist* 41: 1001-1003.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T., Jr. (1987). Validation of the five-factor model of personality across instruments and observers. *Journal of Personality and Social Psychology* 52: 81-90.
- McCrae, Robert R., & Costa, Paul T., Jr. (1995). "Trait explanations in personality psychology." *European Journal of Personality* 9: 231-252.
- Mischell, Walter 1968. *Personality and Assessment*. New York, NY: Wiley.
- Murray, Henry A. (1938). *Explorations in personality*. London: Oxford University press.
- Paunonen, Sampo V. y Douglas N. Jackson. (1986). Nomothetic and idiothetic measurement in personality. *Journal of Personality*. 54:447-59.
- Wiggins, Jerry S. (1979). A psychological taxonomy of trait descriptive terms: The interpersonal domain. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37:395-412.

JAMES L. LAMIELL

James T. Lamiell obtuvo su doctorado en la Universidad de Kansas en 1976, y se unió a la de Georgetown en 1982. Sus intereses académicos están en la historia y la filosofía de la psicología. Sus trabajos se centraron primero en la psicología de los juicios subjetivos de la personalidad, y también ha escrito extensamente sobre cuestiones metodológicas relativas a la investigación de la personalidad en general. Su libro de 2003 es un tratamiento del concepto de la individualidad en la psicología científica del siglo XX, poniendo de relieve las contribuciones históricas a la literatura sobre este tema realizados por el psicólogo y filósofo alemán William Stern (1871-1938). Ha sido nombrado tres veces becario Fulbright Senior en Alemania (Heidelberg, 1990; Leipzig, 1998; Hamburgo, 2004). En Hamburgo, Lamiell fue también profesor invitado-Ernst Cassirer durante un semestre del año académico 2003-2004. Su libro más

reciente, que aparece en el 2010, se basa en una serie de conferencias públicas que dio en Hamburgo, y ofrece una breve introducción a la vida y obra de Stern.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

lamiellj@georgetown.edu

NAOMI LEE

Lee Naomi defendió con éxito su tesis doctoral, titulada "Sustaining and challenging group-based inequalities: A meaning-centered approach" el 17 de abril de 2009. Actualmente es becaria Postdoctoral en la Universidad de Wisconsin - Madison, donde está trabajando como parte del WIDA (World-class instructional design and assessment). Su trabajo se centrará en el diseño y realización de investigaciones cualitativas en "K-12 English-language learner education" en el que participan 22 estados, con el objetivo de promover la equidad educativa y el rendimiento de los estudiantes de Inglés.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

naomilee1@gmail.com

FORMATO DE CITACIÓN

Lamiell, James T. y Lee, Naomi (2010). Errores de razonamiento fundamentales en la psicología de la impersonalidad. *Quaderns De Psicologia*, 12(1), 75-91. Recuperado: dd/mm/aaaa, de <http://www.quadernspsicologia.cat/article/view/722>.